

delicioso laberinto de callejones, escaleras, plazas inclinadas o iglesias malabaristas. Sólo en el golfo y por culpa de los piratas, quienes no solamente eran herejes sino, además, amigos de lo ajeno, se construyeron murallas almenadas y musculosas. Así lo vemos en Campeche que es un puerto al mismo tiempo libidinoso e inocente, en eterno sopor tropical y donde la muralla hispánica aún abraza y protege a la ciudad.

La arquitectura colonial mexicana es sobre todo de iglesias y conventos. Levantada por obispos y párrocos pero sobre todo por aquellas órdenes religiosas que tan importantes eran en estos reinos: franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas, sobre todo, aunque también había mercedarios que ya no tenían que quedarse como aval de rescate con los moros. Ellos y las monjas, cuyo número era simplemente infinito, dejaron como huella de su paso la mayoría de los grandes ejemplos de la arquitectura virreinal mexicana. Toda ciudad colonial que se respetara tenía su San Francisco, su Santo Domingo, su Merced, su iglesia de la Compañía y sus conventos de monjas que se asomaban a la iglesia tras de su reja de gruesos y vigilantes hierros. Las iglesias coloniales mexicanas tienen una calidad y galanura siempre aceptables. Su fórmula de diseño es segura, la planta de cruz latina, los campanarios enhiestos, la fachada donde se concentran las galas escultóricas y sobre todo las cúpulas cubiertas algunas veces con coloridos azulejos, brillando al sol. De entre ellas, algunas aspiran a la condición de gran arte: la Santa Prisca de Taxco (levantada literalmente sobre una peana de plata), la Valenciana de Guanajuato, producto también de una bonanza minera; San Martín Tepotzotlán, inundada de retablos, iglesia capitana de la Compañía de Jesús y que hoy alberga al Museo del Arte Virreinal. Y en Puebla, ciudad de iglesias barrocas, la Capilla del Rosario, una especie de visión del Paraíso. La Santa Clara de Querétaro o la Santa Mónica de Guadalajara, iglesias de monjas donde la escultura deviene bordado de manos hacendosas de dulces novicias.

Y junto a estos grandes ejemplos de la arquitectura eclesial culta estarían los portentos de la popular; iglesias rurales en pueblos indios donde aquel lejano estilo italiano que fue el barroco se mexicaniza hasta el júbilo y el delirio. Sólo mencionaré dos: la de San Francisco Ecatepec y la de Santa María Tonantzintla (nótese que los pueblos mexicanos tienen nombre español y apellido indio) en las cuales el gusto (iba a decir el vicio) mexicano por la decoración se apoya en el barroco para alcanzar una celebración. Tonantzintla, en particular, desarrolla un viejo tema del barroco europeo: el plasmar un atisbo del cielo. Pero lo que en el Sant'Ignazio de Roma (atmósfera total de murales) o en el sabio Transparente en Toledo, es atisbo a un cielo elegante y teológicamente correcto, en Tonantzintla ese cielo se transforma en una verdadera fiesta popular mexicana

en la cual ángeles niños, muy mexicanos, regordetes y golosos, acompañan a su Virgen también niña al son de músicas y travesuras.

Las catedrales son, por supuesto, las mayores entre las iglesias coloniales; en ellas se encarnaba el inmenso poder del catolicismo hispánico en México. Su carácter es pues siempre formal, siempre autoritario. Las mejores son la de Puebla, que es la que conserva con cierta integridad la severa elegancia del estilo herreriano, la de Morelia en dulce piedra amarilla, la de Mérida y la de Zacatecas. Pero es, sin duda la de México la que preside. Construida a lo largo de tres siglos, la catedral de México es una verdadera enciclopedia viva de todos los estilos de aquel largo período. De sus tesoros, inagotables, resalta uno: el gran retablo dorado del Altar de los Reyes, obra suprema del ultrabarroco hispánico, el arte de Churriguera. Este altar se quedó esperando que algún rey español viniese a visitarlo durante el virreinato (Don Juan Carlos, siempre fino y simpático, lo fue a saludar en uno de sus recientes viajes mexicanos) y para esa fiesta que nunca llegó, el altar se adornó hasta la locura: gran retablo de doradas maderas donde en gloriosos nichos, reyes que también fueron santos, son actores de una sacra ópera cuya escenografía es una tropical vegetación de columnas estípites, molduras ondulantes, florales decoraciones. Nunca, en estas tierras, alcanzó la gloria de Dios tan gozosa presencia. La catedral de México, terminada ya al borde de la Independencia por un valenciano, Don Manuel Tolsá, que era artista de talentos universales, es no sólo la iglesia más grande de las Américas sino uno de los más elocuentes símbolos del poder jamás levantados en piedra.

Don Manuel Tolsá, por cierto, le deja a México otros dos grandes edificios: la Escuela de Minas construida en elegante y severísimo neoclásico y, en Guadalajara, el Hospicio de incontables patios, que es un reflejo muy lejano y muy dulce de San Lorenzo del Escorial.

La arquitectura civil de la colonia se ejemplifica, sobre todo, en los palacios para gobernar estos amplios reinos. El de los Virreyes, después Palacio Nacional, cuyas arquerías tienen fortaleza romana y cuyos balcones se asoman a una de las grandes plazas del mundo, el Zócalo, abierta justo sobre el antiguo centro ceremonial azteca. Cada capital de provincia tiene en su palacio una encarnación arquitectónica del poder aunque suavizada por el temperamento mexicano.

Las casas coloniales tienen su origen muy distante en el *domus* romano, en la casa mediterránea cuyo corazón es el patio. Introversa, recelosa hacia la calle, se vuelca en esos patios que la vegetación torna en tiestos florales. Los señores de la Nueva España vivían al gran estilo. La decoración de sus palacios era en un principio de severidad española; luego, como todo, se afrancesó, pero en México a estos ingredientes habría que

añadir uno muy curioso: el del gusto por aquellas *chinoiseries* que los barcos traían del Lejano Oriente, en la célebre Nao de China. De los palacios residenciales mexicanos habría que señalar cuando menos el llamado Palacio de Iturbide, la Casa de los Azulejos o la de los Condes de Santiago de Calimaya, en la Ciudad de México, rescatadas todas por negocios. La poblana Casa del Alfeñique o la guanajuatense casa de los Condes de Rulque, nos hablan de grandes fortunas comerciantes o mineras, así como los palacios que los conquistadores se levantaron como monumento a su fama: el de Cortés en Cuernavaca y la espléndida Casa de los Montejo en Mérida, ambos soberbios y señoriales como si en vez de en México estuvieran en Extremadura.

La arquitectura colonial mexicana que se inicia en pleno Renacimiento, que madura y resplandece en el barroco, que enloquece en el churrigueresco, viene a tener un final digno y aburrido en el neoclásico que es impuesto por el gusto francés, primero en España y luego en las Indias. Tras de la victoria de los Borbones y ocaso de los Austrias, México se ve, de pronto, bajo un nuevo sol cuya sede es Versalles; triunfa la mentalidad de las Luces y los indios contemplan, muy divertidos, cómo la «gente de razón» se pone medias blancas, casacas de seda y ¡oh maravilla! una *perruque poudre* y afecta una *mouche* en la mejilla. La nueva arquitectura francesa es racional pero *fade*, sin sabor. Los mexicanos suspiran por ese estilo con el que nos identificamos visceralmente que es el barroco y que expresa nuestra debilidad por las formas y el movimiento. Afortunadamente aparece la guillotina y luego Napoleón, que viene a embrollarlo todo y aprovechando aquellos desórdenes hispánicos, presididos por los modelos ilustres de Goya: Carlos IV, María Luisa, Godoy así como el Bienamado Fernando VII y el no tan bienamado Pepe Botella, México se independiza en 1821, justo tres siglos después de que Hernán Cortés conquistara la ciudad que tenía al lago como espejo de sus vanidades.

Del siglo XIX, como diríamos aquí, mejor ni hablar. Todo se nos fue en desastres. Perdimos la mitad del territorio engullido por unos Estados Unidos que seguían su Destino Manifiesto. Luego otro Napoleón, *petit* este, nos manda un emperador austriaco, Maximiliano que termina de mala manera fusilado aquí por las fuerzas liberales. El XIX mexicano es una larga convulsión política que termina, como era inevitable, con una larga dictadura. Porfirio Díaz fue un hombre sin enemigos (a todos los había liquidado oportunamente) que se lanza a un proyecto vastísimo: convertir a México en una nación civilizada y racional. Y para ello, con mano férrea, industrializa, invita a inversiones extranjeras, abre una red de ferrocarriles aún cuando el país sigue siendo agrícola y feudal, analfabeto e indígena. Pobre pero, eso sí, muy pintoresco. El modelo de México ya no es España sino